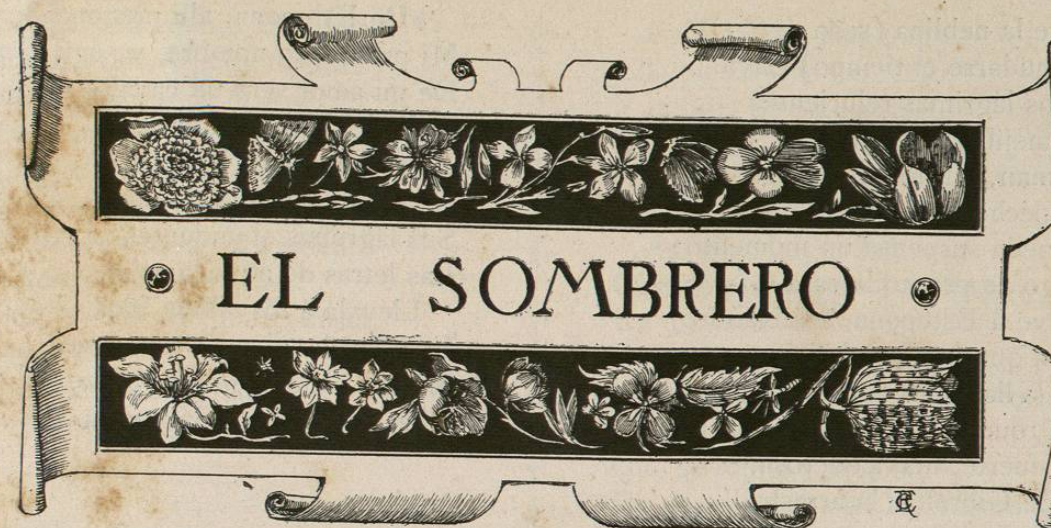


¡Dios!... ¡pobre Vargas! absorto,  
Sin voz, sin alma, y en hielo  
Convertido, ni respira.  
Ojos cual los de un espectro  
Gira en derredor; se ahoga  
Sin respiracion su pecho.  
Volviendo en sí un corto instante,  
Oye llorar allá dentro;  
Cuando se abre lentamente  
Una puerta que al momento  
Se cierra, y un sacerdote  
Que por ella sale, lleno  
De lágrimas el semblante  
(De dar en vano consuelo  
Viene á una madre infelice),  
Queda inmoble á Vargas viendo.  
Vargas lo mira, y no alienta;  
Mas tras de breve silencio  
Rompe al cabo, y le pregunta  
Con un angustiado esfuerzo:  
«¿Dónde está?»... Quedóse helada  
Su lengua. Fáltale aliento  
Al turbado sacerdote,  
Y con agitado aspecto  
Alza el rostro, y levantando  
La diestra, señala al cielo.  
Vargas le comprende; arroja  
Un alarido de infierno;  
Huye veloz, la escalera  
Baja delirante, ciego,



Nada ve, corre cual loco  
Por las calles, y muy presto  
Desaparece.—En Sevilla  
La noticia cunde luego  
De su llegada: le buscan  
Sus amigos y sus deudos.  
Todo, todo en vano: algunos  
Dan señas de que le vieron  
Junto á la Torre del Oro,  
Cuando el sol ya estaba puesto.

En un remanso, que forma  
El Guadalquivir, no léjos  
De Gelves, á las dos noches  
Unos pescadores vieron,  
A la luz de escasa luna,  
De un jóven ahogado el cuerpo  
Vestido aún. Procuraron  
Compasivos recogerlo;  
Pero al llegar con la barca,  
Y al agitar con los remos  
El agua, veloz corriente  
Llevó el cadáver. Suspenso  
Siguiéronlo un corto rato  
Con los ojos, y muy presto  
Fué leve punto en las aguas,  
Y de vista lo perdieron.



## ROMANCE PRIMERO

LA TARDE

Entre Estepona y Marbella,  
Una torre fulminada,  
Hoy nido de aves marinas,  
Y en otro tiempo atalaya,  
Corona con sus escombros  
Una roca solitaria,  
Que se entapiza de espumas,  
Cuando las olas la bañan.  
A la derecha se extiende  
Una humilde y lisa playa,  
Cuyas menudas arenas  
Humedece la resaca;  
Y oculta entre dos ribazos  
Forma una escondida cala,  
Abrigo de pescadoras  
O contrabandistas barcas.  
A este temeroso sitio,  
Mientras lento declinaba  
A ponerse un sol de otoño  
Entre celajes de nácar,  
Estando el viento adormido  
La mar blanquecina en calma,  
Y sin turbar el silencio  
De las voladoras auras,  
Sino el grito de un milano  
Que los espacios cruzaba,  
Y los de dos gaviotas,  
Cuyo tálamo era el agua;  
La divina Rosalía,  
La hermosa de la comarca,  
Fugitiva y anhelante  
Llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros  
Cubre un pañolon de grana,  
Dejando ver negras trenzas,  
Que un peine de concha enlaza;  
Y de seda una toquilla,  
Azul, rosa, verde y blanca,  
Que las formas virginales  
Del seno dibuja y guarda.  
Su gallardo cuerpo adorna  
De muselina enramada  
Un vestido; con la diestra  
Recoge la undosa falda,  
Y el pié primoroso y breve,  
Que apenas su huella estampa  
En la movediza arena,  
Más limpio desembaraza.  
Bajo el brazo izquierdo tiene  
Un envoltorio de nada,  
Cubierto con un pañuelo,  
Do el jalde y rojo resaltan.  
¡Inocente Rosalía!  
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!  
¡Cuál su semblante divino,  
Lleno de vida y de gracia,  
Desencajado se muestra!...  
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...  
Está haciendo, bien se advierte,  
Un grande esfuerzo su alma.  
Sí, los ojos brilladores,  
Los ojos que tienen fama  
En toda la Andalucía,  
Por su fuego y sus pestañas,  
En el peñon, que lejano  
Apénas se dibujaba



Entre la neblina (seña  
De mudarse el tiempo) clava.

Dos lágrimas relucientes  
Sus mejillas deslustradas  
Queman, un hondo suspiro  
Del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento:  
Luego de pronto la cara  
Vuelve á Estepona, temblando:  
Juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!  
Mas ¿qué importa? Otra, más alta,  
Más fuerte, más poderosa,  
Desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,  
De la hundida torre basa;  
Miró en torno, y de su seno  
Sacó y repasó esta carta:

«Sí, mi bien; sin tí la vida  
Me es insoportable carga;  
Resuélvete, y no abandones  
A quien ciego te idolatra.

»Contigo nada me asusta,  
Sin tí todo me acobarda;  
Mi destino está en tus manos:  
Ten resolución, y basta.

»Resolución, Rosalía,  
Cúmpleme, pues, tus palabras:  
No tendrás que arrepentirte,  
Te lo juro con el alma.

»En cuanto venga la noche,  
Volveré sin más tardanza  
Al sitio aquel que tú sabes,  
En una segura lancha.

»Espérame, vida mía:  
Si no te encuentro, si faltas,  
Ten como cierta mi muerte.  
Corro al momento á la plaza.

## ROMANCE SEGUNDO

## LA NOCHE

Entró la noche; con ella  
Despertándose fué el viento,  
Y el mar empezó á moverse  
Con un mugidor estruendo.

Las nubes entapizando  
El oscuro y alto cielo,  
La débil luz ocultaban  
De estrellas y de luceros.

No había luna; densas sombras  
En corto rato envolvieron

»De Estepona, allí pregono  
Mi proscrito nombre, y paga  
De mi amor será un cadalso  
Delante de tus ventanas.»

Se estremeció Rosalía,  
No leyó más, y borbaban  
Sus lágrimas abundantes  
Las letras de aquella carta.

Llévala á los labios fríos,  
La estrecha al seno con ansia,  
Mira al cielo, *Estoy resuelta,*  
Dice, y se consterna y calla.

Torna al peñon (que parece  
Una colosal fantasma  
Con un turbante de nubes,  
De nieblas con una faja)

La vista otra vez. La extiende  
Por la mar, que muerta y llana,  
Fundido oro se diría  
Del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto  
Que se mueve á gran distancia:  
Ya se muestra, ya se esconde.  
¿Será?... ¡oh Dios!... ¿Será?... La escasa

Luz del crepúsculo todo  
Lo confunde, borra y tapa.  
Con los ojos Rosalía  
Los resplandores, que aun marcan

La línea del horizonte,  
Sigue. Una nube la espanta,  
Que por el Sur aparece,  
Oscura y encapotada;

Y aun más el ver acercarse  
Por allí dos velas blancas,  
Cuyas puntas ilumina  
Del sol ya puesto la llama.

Tierra y mar. De Rosalía  
Ya desfallece el esfuerzo.  
Arrepentida, asombrada,  
Intenta... No, no hay remedio.

Cierra los ojos, é inclina  
La cabeza sobre el pecho.  
La humedad la hiela toda,  
Corto abrigo es el pañuelo;

Tiembla de terror su alma,  
Tiembla de frío su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,  
Más sus mismos pensamientos;  
Pues ni uno solo le ocurre  
De esperanza ó de consuelo.

Las velas que ha divisado  
Cuando el sol ya estaba puesto,  
La atormentan, la confunden.  
Las ha conocido: ¡cielos!

Son, sí, las del guarda-costa,  
Jabeque armado y velero,  
Terror de los emigrados,  
De contrabandistas miedo.

¡Infelice Rosalía!...  
A las ánimas de léjos  
Tocar las campanas oye  
De la torre de su pueblo.

¡Oh cuánto la sobresaltan  
Aquellos amigos ecos!  
Párecelle que son voces  
Que la nombran.—Gran silencio

Reinó despues largo espacio.  
Las olas, que van creciendo,  
Llegan á besar la peña,  
De Rosalía los tiernos

Piés mojan... y no lo advierte:  
Clavada está. Los destellos  
De la espuma que se rompe,  
Secas algas revolviendo,

La deslumbran. De continuo  
La reventazon inciertos,  
Fugitivos grupos blancos  
Le ofrecen del mar en medio,

## ROMANCE TERCERO

## LA MAÑANA

Raya en el remoto oriente  
Una luz parda y siniestra;  
A mostrarse en vagas formas  
Ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso  
Ofrece naturaleza,  
Las olas como montañas,  
Movibles y verdinegras

Se combaten, crecen, corren  
Para tragarse la tierra,  
Ya los abismos descubren,  
Ya en las nubes se revientan.

Rómpense en las altas rocas  
Alzando salobre niebla,  
Y la playa arriba suben,  
Y luego á su centro ruedan

Cual pálidas llamaradas.  
Ella piensa que los remos  
Y la proa de un esquife  
Las causan... ¡Vanos deseos!

Así pasó largas horas,  
Cuando un lampo ve de fuego  
En alta mar, y en seguida  
Oye al cabo de un momento  
¡Poumb!... y retumbar en torno  
Como un pavoroso trueno,  
Que se repite y se pierde  
De aquella costa en los huecos.

Ve pronto hácia el lado mismo  
Otros dos ó tres pequeños  
Fogonazos; mas no llega  
El sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada...  
¡Poumb! otra vez... ¡Dios! ¿qué es esto?  
Repitiéndose perdióse  
Este són como el primero.

No hubo más: creció furioso  
El temporal, y más recio  
Sopló el sudoeste; las olas  
De Rosalía el asiento

Embisten, de agua salobre  
La bañan; estar más tiempo  
No puede allí: busca abrigo  
De la torre entre los restos.

La lluvia cae á torrentes,  
Parece que tiembla el suelo;  
Dijérase ser llegada  
Ya la fin del universo.

Con un asordante estruendo:  
Silba el huracan, espesa  
Lluvia el horizonte borra,  
Y lo confunde y lo mezcla.

La infelice Rosalía,  
Toda empapada, cubierta  
Con el pañolon mojado,  
Que ó bien la ciñe y aprieta,

O agitado por el viento,  
Le azota el rostro y flamea,  
Volando ya desparcidas  
Fuera de él las negras trenzas;

Falta de aliento, de vida,  
El alma rota y deshecha,



Asida de los sillares  
Se aguanta inmóvil y yerta.

Aparicion de otro mundo,  
Sífida, á quien maga artera  
Cortó las ligeras alas,  
La juzgaran si la vieran.

Tiende espantados los ojos  
Por el caos: nada encuentra  
Que socorro ó que consuelo  
En tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola,  
Que tronadora se acerca,  
Entre las blancas espumas  
Envuelve una cosa negra:

De ella no aparta los ojos,  
Ve que en la playa se estrella,  
Que al huir deja un sombrero  
Rodando sobre la arena,

Y una tabla.—Rosalia  
Salta de las ruinas fuera,  
Corre allá, miéntras las olas  
Se retiran. No la aterra

Otra mayor, que se avanza  
Más hinchada, más soberbia.  
Ve en el madero lavado  
Los restos de sangre fresca...

Coge el sombrero... ¡infelice!  
Lo reconoce... Las fuerzas  
Le faltan, cae, y al momento  
Precipítase sobre ella

Una salobre montaña  
Que la playa arriba entra,  
Y rápida retrocede,  
No dejando nada en ella.

Cual si dar, tan sólo objeto  
De la borrasca tremenda,  
Lecho nupcial en los mares  
A dos infelices, fuera;



A templar su furia ronca  
Los huracanes empiezan,  
Bajan las olas, la lluvia  
Se disminuye, y aun cesa.

Rómpele el cielo de plomo,  
Y por pedazos se muestra  
El azul, que ardientes rayos  
De claro sol atraviesan.

Ya se aclara el horizonte;  
Por el lado de la tierra  
Fórmanlo azules colinas,  
Que aun en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,  
Movable, la forma y cierra  
Del lado del mar, y asoma  
La claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,  
Aunque es la resaca recia,  
Torna al mundo la esperanza  
De prolongar su existencia.

En esto una triste madre  
Y un tierno hermanillo llegan,  
Buscando á su Rosalia,  
A aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,  
Muertos de cansancio y pena,  
Tienden en reedor los ojos  
Y nada ¡oh martirio! encuentran.

Al retroceder las aguas,  
Unas femeniles huellas  
De pié breve reconocen  
Estampadas en la arena...

«¡Rosalia!... ¡Rosalia!!!»  
Gritan, y no oyen respuesta.  
Van á la arruinada torre,  
Y hállanse sobre una piedra

Un envoltorio deshecho  
Entre fango, espuma y tierra,  
Y un pañuelo rojo y jalde,  
Que le sirve de cubierta.

## LEYENDA PRIMERA



DEDICADA Á DON JOSÉ ZORRILLA

### INTRODUCCION

Si envolviste mi nombre en el perfume  
De tu *silvestre*, mágica *azucena* (1),  
En donde se compendia y se resume  
Toda la gala de tu rica vena;  
De agradecida mi amistad presume,  
Y mi voz, aunque ya cascada suena,  
El don te ofrece de sabroso cuento,  
A quien da otra azucena el argumento.

No es contender ni competir contigo,  
En quien de Calderon arde la llama;  
Que solamente admiracion abrigo  
Por tu renombre y brilladora fama:  
Pues raros hay que desde tiempo antiguo  
Merezcan como tú la verde rama,  
Que corona tu sien, claro Zorrilla,  
Lumbrera del Parnaso de Castilla.

¿Ni cómo competir númen helado,  
Que al occidente rápido declina,  
Con el que jóven en zenit sentado,

(1) Zorrilla habia dedicado pocos meses ántes al autor su leyenda titulada *La Azucena Silvestre*.

Bebe del sol la inspiracion divina?...  
Oiga tu acento el orbe entusiasmado,  
Las nubes cruza, entre los astros trina;  
Miéntras tocando el fin de mi viaje,  
Doy tibia luz á un pálido celaje.  
Fe santa y verdadero patriotismo  
Dieron voz á los bélicos clarines,  
Despertando el valor y el heroismo  
De los nobles hispanos paladines,  
Para lanzar el torpe mahometismo,  
Que aun del reino asombraba los confines,  
Y plantar de Granada en el turbante  
La bandera del Gólgota triunfante.

Resonó por los ámbitos de España,  
Que el mar circunda y el Pirene cierra,  
Conmoviendo hasta la última cabaña,  
El santo grito de tan justa guerra.  
Y llegó pronto á una feraz campaña,  
Que en torno abriga de Leon la sierra,  
De Nuño Garceran antiguo estado,  
Por sus mayores con valor fundado.